

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Enrique González González

ECOS CASTELLANOS

En el último cuarto del siglo xv, Fernando de Pulgar (1436?-post 1490), autor de una inconclusa *Crónica de los Reyes Católicos*,¹ dio a luz *Los claros varones de Castilla* (Toledo, 1486), obra en que, afirma, buscó seguir los modelos de Plutarco y Valerio Máximo.² Pulgar, descendiente de judeoconvertos, tuvo ocasión de visitar Italia en plena efervescencia renacentista, por 1473, como embajador, cargo que más de una vez ocupó en Francia, al grado de aprender esa lengua. El diestro cortesano de Juan II, Enrique IV e Isabel la Católica, había visto mundo y, sin duda, era aficionado a leer y adquirir libros. En una de sus treinta *Letras* editadas en vida (Burgos, ca. 1485), habló de poseer “ochenta”,³ cifra no despreciable en los albores de la imprenta y en alguien sin estudios académicos formales. Sus epístolas, antes que afición, revelan auténtica pasión por los autores clásicos, citados aquí y allá, y hasta se permite alguna burla, pues los consuelos de Cicerón para tolerar la vejez, no le aliviaban su dolor de “ijada”. Sin duda, al publicar sus propias epístolas imitaría las *Familiares*, del admirado orador romano. Pero, falto de sólida formación latina, inaccesible entonces en Castilla, Pulgar habría optado por el romance que, por cierto, era la única lengua de varios correspondientes. Limitaciones aparte, en varios momentos se declaró partidario expreso de un novedoso programa de escritura de la historia, alejado de “la forma destas corónicas que leemos de los reyes de Castilla”⁴ y que, en cambio, se inspiraba en modelos grecorromanos.

¹ Fernando de Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*. Ed. y est. de Juan de Mata Carriazo. 2 vols. Madrid, Espasa-Calpe, 1943. (Reed. facs., con est. de Gonzalo Pontón. Granada, Marcial Pons, 2008, p. 71.)

² Fernando de Pulgar, *Los claros varones de Castilla*. Ed. de Miguel Ángel Pérez Priego. Madrid, Cátedra, 2007.

³ Fernando de Pulgar, *Letras-Glosa a las copias de Mingo Revulgo*. Ed. de J. Domínguez Borda. Madrid, Espasa-Calpe, 1958, Letra XXVIII, p. 132.

⁴ *Ibid.*, Letra XXXIII, p. 142.

Antes de volver a sus afirmaciones, conviene decir unas palabras sobre el estilo de historia del que quiso apartarse. La historiografía medieval, para caer en el riesgo de la brevedad,⁵ se empeñó en llevar la luz de la cronología a todos los sucesos humanos y divinos. La Biblia trazaba la pauta de una historia sagrada y, por lo mismo, universal, en la que estaban inscritos, no sólo los seis días del origen del mundo, en el Génesis, sino también el fin de los tiempos, con el temible juicio final, descrito en el Apocalipsis. El punto culminante de ese plan lo narraban los Evangelios, al dar cuenta de la encarnación del Verbo, en el año 1, y de su pasión y resurrección, 33 años después. Por lo mismo, la cronología de los hechos humanos que los historiadores medievales procuraban fijar, no se reducía a una simple escala métrica; se trataba de ponerla en concordancia con el gran eje del acontecer universal, el *antes* o *después* de Cristo. En otras palabras, la redención, iniciada el año 1 con la venida del Mesías, era el hecho central de un plan divino escrito desde la eternidad. En esa trama, no importaba tanto la crítica histórica, con el arsenal de instrumentos analíticos que se desarrollan a partir del Renacimiento, sino interpretar los diversos hechos en función de ese plan. No se trata de tachar a esa historia de irracional, su lógica no era la del rigor histórico, a la manera actual, sino aquella de la ejemplaridad. Por lo mismo, en ella cabía toda clase de milagros y prodigios, prestados de cualquier tradición histórica, mitológica y religiosa —en especial la grecorromana—, sin gran distinción entre lo que actualmente calificamos de fábulas, textos poéticos o sagrados y los “hechos” susceptibles de una rigurosa comprobación documental. Todo estribaba en destacar su ejemplaridad en la medida que ilustraban, en su singularidad, otra faceta de la providencia divina.

Semejante principio general subyace en la tendencia a referir los hechos más peculiares de cualquier pueblo o momento histórico al gran marco de la historia universal, en última instancia, la historia de la redención. Por eso las historias de la península Ibérica partían de Noé, cuyo supuesto nieto Túbal habría sido el primer gobernante de Es-

⁵ Si tenemos en cuenta que la llamada Edad Media transcurre aproximadamente en el milenio que va de 600 a 1500, y en una geografía que ocupa cuando menos desde Bizancio hasta Escandinavia, resultaría una pretensión pedantesca declarar que una aproximación de dos párrafos al sentido de la historia en aquel vasto periodo de tiempo y espacio ha de tacharse de “falsa”, frente a otra de igual modo sucinta, ésta sí “verdadera”. Se trata tan sólo de proponer al lector unas líneas generales que él, a tono con sus intereses particulares, puede desarrollar.

paña.⁶ De ese modo, España se incardinaba a la historia universal y, de paso, permitía alegar que, como nación, era más antigua que Roma, cuya fundación arrancaba con la tardía guerra de Troya y la migración de Eneas y los suyos, como narró en su *Eneida*, el poeta Virgilio... De cualquier modo, antes de Noé había tenido lugar el drama de la creación y la expulsión del paraíso. Según apunta Francisco Rico, Alfonso X concibió un plan, hacia 1270, para escribir una *Estoria de España*, en la que se recogerían "todos los fechos que fallar se pudieron della, desdel tiempo de Noé, fasta este nuestro"⁷ La empresa, sin embargo, se pospuso en favor de una *General Estoria*, que consignara "todos los fechos sennalados [= notables, destacados], tan bien de las historias de la Biblia como de las otras grandes cosas que acahesçieron en el mundo desde que fue començado fasta nuestro tiempo"⁸ Al situarse en la perspectiva del concierto universal, el papel de España resultaría más evidente.

Tales premisas apuntan a una consecuencia capital: el verdadero protagonista de la historia no es el hombre sino Dios; o mejor, el plan divino para el curso de los tiempos, con eje en la redención, y en el que los hombres tienen su papel; el de caminar hacia la salvación o a la condenación eternas. Se reconoce la libertad y la voluntad humana, pero no al grado de que ésta pudiera entorpecer o impedir las líneas maestras de la providencia divina cuyas líneas maestras se delinearon desde la eternidad. En ese marco, un *dato* cualquiera adquiere carácter de *hecho* y se vuelve historiable, si se lo ordena en razón de su ejemplaridad, lo que lo sitúa como una pieza de ese plan. Por lo mismo, todo dato *histórico* es apto, en principio, para escribir una historia que procede por acumulación de *fechos*, siempre encaminados, de modo implícito o explícito, a ejemplificar las vías por las que se va realizando el plan divino. No importa tanto la heterogeneidad de la fuente de procedencia de cada dato, tampoco se cuestiona demasiado su credibilidad intrínseca, ni su coherencia respecto de otras noticias particulares. El criterio de verdad está implícito en su adecuación al plan divino

⁶ Aunque se atribuye la versión de Tíbal a Beroso, ya Alfonso X, en el siglo XIII, daba comienzo a la historia de España con Noé. Puede verse un enfoque de conjunto en el prólogo a la "Historiografía medieval", incluido en esta misma serie, a cargo de Antonio Rubial e Israel Álvarez Moctezuma. De gran utilidad. (Francisco Rico, *Alfonso el Sabio y la General Estoria*. Barcelona, Ariel, 1984.)

⁷ *Ibid.*, p. 37

⁸ *Ibid.*, p. 40.

mismo; sólo procede pues construir la historia, ladrillo por ladrillo, hasta crear una ordenada suma de datos de carácter providencial. Dicho en palabras del propio rey sabio, el asunto estriba en traer a colación "todos los fechos que fallar se pudieron"

Las crónicas medievales castellanas elaboradas en los altos estratos del poder, que se abrían con el inicio del mundo, algunas en latín, como la *Cronicon mundi* (1236), de Lucas de Tuy, a partir de los siglos XIV y XV compartieron espacio con narraciones de carácter más político. En ellas se relataban los reinados de uno o varios monarcas y a veces también de sus cortesanos. Sin abandonar el marco de referencia a la providencia y el castigo divinos (una de las causas más aducidas por Fernán Pérez de Guzmán (ca. 1377-1460) en sus *Generaciones y semblanzas*⁹), se ocupaban de tramas tan terrenales como el buen o mal gobierno de los príncipes, su liberalidad o crueldad, o la suma de sus virtudes y vicios. Esa pauta se advertía ya en las crónicas de Pero López de Ayala (1332-1406) y, a lo largo del siglo XV, en un número creciente de cronistas.¹⁰ Visto en ese marco, Fernando de Pulgar es apenas otro de tales autores; sin embargo, en él se descubre una singularidad de indudable carácter renacentista: el explícito propósito de imitar a los historiadores clásicos, desechando a sus predecesores. En una de sus cartas, Pulgar manifestó a su interlocutor: "Yo [...], en esto que escribo no llevo la forma destas corónicas que leemos de los reyes

⁹ Consulté la edición de José Antonio Barrio (Madrid, Cátedra, 1998); *Generaciones y semblanzas* es un conjunto de biografías de reyes y cortesanos contemporáneos, concluida por 1455, y mencionada con elogio por Pulgar, quien debió inspirarse en su predecesor. Basta con ver la semblanza que Pérez de Guzmán dedica a su auténtica bestia negra, don Álvaro de Luna, para ver cómo explica tantos males en razón de los pecados de Castilla, pp. 180-200. En su interesantísimo prólogo, el autor de las *Generaciones* muestra hasta qué punto sus modelos no son latinos, ni pretenden serlo: "Yo tomé esta invención [la inspiración para escribir su obra] de Guido de Colupea, aquel que trasladó la *Éstoria troyana* de griego en latín" (p. 67). Se refiere a la *Historia destructionis Troiae*, de Guido delle Colonne, escrita por 1287 (o antes, pues se halla entre las fuentes de Alfonso X), y que el canciller López de Ayala vertió al castellano a fines del siglo XIV. A pesar de que las *Generaciones* son apenas treinta años anteriores a la obra de Pulgar, el autor de aquellas, como lo prueba su prólogo, tiene una perspectiva a todas luces medieval; Pulgar en cambio, como se verá, ya apuesta sin titubeos por los modelos antiguos.

¹⁰ La mejor guía bibliográfica y crítica para los textos castellanos, incluidas las numerosas crónicas y toda la producción medieval de carácter histórico, como las traducciones a Cicerón, Tito Livio y otros autores, se halla en Carlos Alvear y José Manuel Lucía Megías, *Diccionario filológico de literatura medieval española. Textos y transmisión*. Madrid, Castalia, 2002.

de Castilla; mas trabajo quanto puedo por remidar [=imitar], si pudiere, al Tito Livio e a los otros estoriadores antiguos, que hermosean mucho sus corónicas con los razonamientos que en ellas leemos, enbueitos en mucha filosofía e buena doctrina.¹¹

Líneas abajo, Pulgar fue más explícito: "Y en estos tales razonamientos [los historiadores] tenemos liçençia de añadir, ornándolos con las mejores e más eficazes palabras e razones que pudiéremos, guardando que no salgamos de la sustançia del fecho". La mayor prueba de su deliberado propósito retórico se encuentra en una epístola a Isabel la Católica, en 1482, cuando Pulgar ya escribía su *Crónica*. Declaró a la reina que en su libro, será "menester algunas veces hablar como el Rey, e como Vuestra Alteza, e asentar los propósitos [=parlamentos, discursos] que ovistes en las cosas: asentar asimismo, vuestros consejos, vuestros motivos. Otras veces requiere fablar como los de vuestro Consejo; otras veces como los contrarios"¹²

Pero recurrir a los clásicos no era sólo para introducir esos razonamientos que "hermosean" los escritos históricos. Pulgar ve en ellos una rica veta de reflexiones útiles para orientar la actividad política y la conducta moral. Elogia a la reina porque, al conducir una guerra justa y santa contra los moros, no deja "en ocio su cauallería", antes bien, la aleja de rivalidades internas, de banderías. Pulgar le expone que, según Livio, otro tanto hizo el rey Tulio Hostilio.¹³ Y al conde de Tendilla le advierte que Salustio atribuyó la decadencia de Roma a la perversión de las costumbres, de modo que el conde hace bien en evitar la molicie de los suyos.¹⁴ Por otra parte, Pulgar no fue un mero escritor de gabinete, a lo largo de su vida tomó parte en los bandos de la corte; además, él pone sus escritos, en particular la *Crónica de los Reyes Católicos*, al servicio de los intereses de una monarquía que se afanzaba conforme lograba silenciar las reyertas de los nobles, al ser capaz de mudar "tanta inobediencia en tanta obediencia, tanta corrupción en tanta orden"¹⁵

La mencionada cita de Salustio se halla en la *Conjuración de Catilina*, prueba de que, en los preámbulos del libro, Pulgar leyó dos reglas

¹¹ F. de Pulgar, *Letras-Glosa a las coplas de Mingo Revulgo*, Letra XXXII, p. 142.

¹² *Ibid.*, Letra IX, p. 54.

¹³ *Ibid.*, Letra IX, p. 55.

¹⁴ *Ibid.*, Letra XX, p. 84.

¹⁵ *Ibid.*, Letra IX, pp. 53-54.

del romano acerca de la escritura de la historia, que se convirtieron en dogmas de la historiografía humanista: las palabras de quien escribe acerca del pasado, "han de estar al nivel de los acontecimientos"; es decir, si se trata de acciones sublimes, el lenguaje debe ser elevado, y viceversa: asuntos cotidianos, bajos o ruines, exigen un estilo a tono. De igual modo, Salustio anuncia que tratará "las hazafías del pueblo Romano [...] según me pareciesen dignas de memoria"¹⁶ Con el fin de emplear la retórica para modelar el lenguaje a la altura de las circunstancias, agrega que el historiador no trata acerca de cualquier asunto, sino sólo de aquellos "dignos de memoria". La alusión a las hazafías (*res gestae*) fue interpretada por los historiadores renacentistas en el sentido de que se debía escribir alabando los grandes hechos obrados por los grandes hombres. No obstante, también las *res gestae* podrían interpretarse en el sentido de acciones notables, destacadas, sin importar la calidad moral de sus ejecutores. El propio Salustio dedicó su libro a narrar las maldades de Catilina y el gran peligro en que puso a la república. A principios del siglo XVI, Maquiavelo y Guicciardini, situados en ese mismo ángulo, analizaron los sucesos y causas que llevaron a Italia a la ruina. Por fin, los nuevos narradores solían aducir un famoso pasaje de Cicerón recordado por Pulgar en el prefacio de su *Crónica*, al grado de citarlo puntualmente en español: "la historia es luz de verdad, testigo del tiempo, maestra y exemplo de la vida, mostradora de la antigüedad"¹⁷

Si ahora pasamos del programa historiográfico tal y como lo defendió Pulgar y lo comparamos con las características que un especialista de hoy atribuye a la historiografía renacentista, vemos hasta qué punto el prosista castellano postulaba ya sus principales tesis. Lo único que Pulgar no mencionó fue el origen italiano del nuevo estilo. En efecto, Prize Zimmermann¹⁸ afirma que la historiografía renacentista surgió en la Italia del siglo XV, cuando los estudiosos, desertando las crónicas

¹⁶ Salustio, *Conjuración de Catilina*. Ed. bilingüe al cuidado de Agustín Millares Carlo. México, UNAM, 1944, III, 2 y IV, 3, p. 23.

¹⁷ Cito del breve prefacio a la *Crónica*, incluido en la edición en red de la Biblioteca Virtual Cervantes, facsímil de la edición de Valencia (Monfort, 1780, p. 1). Dicho texto no aparece en la edición citada en la nota 1.

¹⁸ Me permití seguir, casi a modo de traducción literal, lo expuesto por T. C. Prize Zimmermann en el artículo "Italian Historiography", de la *Encyclopedia of the Renaissance*, editada por Paul F. Grendler. (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1990, 6 vols., vol. III, pp. 165-168.)

dominantes en la Edad Media, optaron por los prototipos clásicos en favor de una narrativa coherente, capaz de descubrir las causas de los hechos y presentarlos como acciones humanas. El estudio e imitación de la historia antigua inspiró una comprensión más sofisticada de las eras históricas, una actitud más crítica sobre la fiabilidad de los autores y las evidencias documentales, y un más agudo acercamiento a la psicología de los individuos. Al acoger una concepción de la historia como "filosofía enseñada a través de ejemplos",¹⁹ los humanistas resaltaron el cariz retórico de la disciplina, retomando de la Antigüedad grecorromana la tradición de incorporar discursos inventados, puestos en boca de los protagonistas,²⁰ a su vez, exaltaron la utilidad de la historia, por permitir contrastar casos concretos de conducta de los hombres del pasado con los dilemas que los estadistas y ciudadanos del presente debían afrontar en la vida real.

Una cuestión pendiente, y que tal vez se aclare con un examen atento de la *Crónica* de Pulgar, es la de sus posibles fuentes italianas. De los contemporáneos, él sólo cita las *Generaciones y semblanzas*, y dice haber visto en Francia el *Compendio*, de un Jorge de la Vernada,²¹ "secretario del rey Carlos, en que copiló los fechos notables de algunos cavalleros e perlados de aquel reino" ¿Ignoraba del todo la nueva historiografía italiana y postuló su programa sólo a partir de su singular afición a Livio y Salustio? Parece difícil en alguien con la curiosidad intelectual de Pulgar; más aún, porque pudo empaparse de las novedades italianas durante su estancia en aquella península y mediante los contactos de la corte castellana con humanistas como Leonardo Bruni (ca. 1369-1440).²² Sólo un estudio a fondo decidirá el asunto.

¹⁹ En su prólogo a la *Crónica*..., Pulgar transcribe casi literalmente el pasaje ciceroniano que se volvió la regla de oro de los nuevos historiadores.

²⁰ Importa mucho señalar que los discursos puestos en boca de los protagonistas, antes que falsear la historia, se encaminaban a dar una explicación racional a los hechos, en la medida que proponían los motivos que llevaban a cada uno a obrar de cierta manera. Al mismo tiempo, se trataba de que tales discursos, sobre todo si se escribían con elegancia y rigor conceptual, ayudaban al lector a normar su conducta moral y en ocasiones también a orientar su actividad política. Volveré sobre esta cuestión.

²¹ Miguel Ángel Pérez Priego, en su recentísima edición de los *Claros varones de Castilla* (Madrid, Cátedra, 2007), no identifica al autor francés (p. 72). Dado que Carlos VIII sólo reinó a partir de 1492, la obra vista por Pulgar durante su embajada debía referirse a Carlos VII, rey de 1422 a 1461, muy temprano para que ya se tratara de una obra inspirada por la historiografía humanista.

²² En *Claros varones*, al hablar del "obispo de Burgos" señala que éste "ovo una gran

NUEVA LECTURA, NUEVA ESCRITURA. LOS ORÍGENES ITALIANOS

La historiografía humanística es un fenómeno inseparable del resurgimiento de las ciudades en Europa a partir del siglo XI, hecho especialmente notable en Italia, ante todo en el norte de la península. Decenas de ciudades surgieron o fueron repobladas y, debido a la falta de un poder central eficaz, pronto se erigieron en municipios soberanos, llamados también comunas o ciudades-repúblicas.²³ Muchas prosperaron gracias al comercio, la industria y la riqueza agrícola de su entorno. A veces el cultivo de los estudios también floreció en el seno de las repúblicas, al calor de los debates políticos. Se ponía especial énfasis en la retórica, que cada vez tendió más a adoptar modelos latinos, y de modo paralelo al derecho, pues ambas disciplinas dotaban de eficaces instrumentos para participar en la política comunal, siempre agitada.²⁴

En efecto, las instituciones urbanas surgidas en gran parte de Italia fueron todo menos estables. Las disputas entre el papa y el emperador, dos poderes externos, nunca se tradujeron en el dominio efectivo de uno u otro sobre toda la península. En cambio, los partidarios de cualquiera de ellos —güelfos y gibelinos— llevaron a las ciudades a casi dos siglos de enfrentamientos internos. Por otra parte, muchas comunas poderosas sujetaban a sus vecinas más débiles, a veces por corto tiempo. La república de Florencia sometió a la de Pisa, que se rebeló varias veces. Si, a la larga, algunas repúblicas lograron sobrevivir, fue

disputa con un filósofo e orador grande de Italia, que se llamó Leonardo de Arecio" (p. 189). Cuando Pedro González, hijo del marqués de Santillana, estudiaba en Salamanca (1445-1449), recibió una carta de su padre, en que le comunicaba: "Algunos libros e oraciones he rescibido, por un pariente e amigo mio [...] que nuevamente es venido de Italia, los quales asy por Leonardo de Arecio, como por Pedro Caudino, milanés" Se refiere a Bruní, muerto apenas en 1440, y a Pier Candido Decembrio (m. 1460) en su calidad de intérpretes de Homero al latín. La corte castellana estaba pendiente de las novedades italianas y al tanto de la vida y obra de Bruní. ¿También conocieron su *Historia florentina*?

²³ En esta época, Bodin entendió por república "el recto gobierno de varias familias, y lo que les es común, con poder soberano" (Jean Bodin, *Los seis libros de la República* [1576], Barcelona, Orbis, 1973, p. 59.)

²⁴ De la abundantísima literatura sobre el tema, apenas hay estudios en español, por lo común, traducciones. Remito a Jacques Le Goff, *La baja Edad Media*, de la *Historia universal* siglo XII, vol. 11. México, Siglo XXI Editores, 1971. Para la cuestión política, la excelente síntesis de Quentin Skinner, *Los fundamentos del mundo moderno. I. El Renacimiento. II. La Reforma*. México, FCE, 1985. En especial, vol. 1, caps. 1 y II.

a precio de caer en manos de las oligarquías locales. Pero éstas solían desgarrarse en cruentos bandos y, apenas ganar el poder, eliminaban a sus enemigos o los expulsaban. Maquiavelo, en su *Historia de Florencia*, anotó que las desavenencias entre los nobles y el pueblo, en Roma se resolvían debatiendo, en Florencia en cambio, combatiendo; las de Roma, con una nueva ley; las de Florencia, con el exilio y la muerte de incontables ciudadanos.²⁵ Dante y Petrarca, entre tantos miles, sufrieron el destierro, en carne propia o en la de los suyos. Otras veces, un *condottiero*, un cabecilla militar, se apoderaba de un territorio eliminando las instituciones republicanas, como ocurrió con Milán, convertida desde principios del siglo XIV en un principado despótico. Acto seguido, el nuevo amo, a cambio de destruir de hecho o de derecho las instituciones republicanas, si tenía suerte, imponía cierta estabilidad. Por lo mismo, uno de los grandes debates políticos del siglo XV —al que no fueron ajenos en la centuria siguiente Maquiavelo, Guicciardini y el francés Jean Bodin— era sobre qué resultaba preferible, si la *libertad* de la república o el *orden* de la tiranía.

Florencia, con su enorme riqueza derivada de la industria pañera y de su notable actividad bancaria y agrícola, no era la excepción y se desgarraba entre bandos. En el plano inferior estaba el pueblo bajo, excluido de los gremios, y pronto a sublevarse por demandas económicas o por espacios en el gobierno de la ciudad. Maquiavelo y Guicciardini hablaron de él en los términos más peyorativos. Por encima de la despreciada plebe estaba el llamado "pueblo". Semejante mote se presta a confusión, pues se designaba como pueblo florentino a una elite cerrada, compuesta de mercaderes, industriales y banqueros reunidos en las veintiún "artes" o gremios reconocidos formalmente por la ciudad. Sólo los miembros formales de tales "artes" eran calificados como pueblo. El caso más representativo de ese estamento en el siglo XV lo muestra la familia Médici: banqueros de excepcional riqueza, mercaderes y, desde los años treinta, en señoreados de la ciudad. Por encima del pueblo estaban los nobles, cuyo poder económico, basado en sus feudos, se incrementaba con el político, pues ocupaban importantes magistraturas de la república, y a estos dos se sumaba el poder militar. Pero la nobleza sufría la constante presión de los populares, prontos a arrebatarse el poder. La situación se agravaba porque las familias de

²⁵ Nicolás Maquiavelo, *Historia de Florencia*. Pról., trad. y notas, de Félix Fernández Murga. Madrid, 1979, libro III, cap. I.

los nobles y las de los mismos populares, en vez de actuar a modo de grupo compacto contra el otro estamento, se desgarraban entre sí en rivalidades de clanes.

Sin suprimir formalmente las instituciones republicanas, pero sujetándolas a un creciente control, el banquero florentino Cosme de Médici, su hijo Piero y su nieto Lorenzo el Magnífico, impusieron relativa estabilidad desde los años treinta del siglo XV hasta la muerte de Lorenzo, en 1492. Ese equilibrio, por decir así, *de mano dura*, se acompañó de una política expansiva sobre los territorios vecinos, privando a las ciudades de su carácter de repúblicas soberanas. A su vez, el gobierno mediceo concertó hábiles manejos diplomáticos y reunió fuerza militar para defender la república de desafíos externos, como los del ducado de Milán o del reino de Nápoles. Así ganó prestigio entre los estados de la península y fuera de ella. A ese renombre contribuyó la destreza de los Médici para ejercer un patronazgo generoso sobre pintores, arquitectos, escultores y, por supuesto, humanistas. El renaciente interés por las letras griegas y romanas, más extendido que nunca en el siglo XV, gozó del vasto apoyo de esos mecenas; a cambio, ellos se valieron de artistas y humanistas para dar vida a un vasto aparato propagandístico.

Según una tradición mantenida por varios siglos, el humanismo renacentista se definió en torno a la figura y obra de Francesco Petrarca (1304-1374).²⁶ De familia de proscritos florentinos, conoció la ciudad de sus mayores casi a la edad de cincuenta años, y su vida fue una suerte de exilio entre Aviñón, Roma, el Milanesado y el Véneto. La parcelación de Italia y sus conflictos le causaban vivo dolor. Halló consuelo en las letras de los antiguos, y el estudio de la historia lo ayudó a entender la situación de su patria. Tanto le atrajo la obra de Livio —o los libros sobrevivientes— que, al lado de un manuscrito de su propiedad, agregó nuevos fragmentos que fue descubriendo en otros códices y bibliotecas, todo lo cual anotó con profusión. Su esfuerzo por reconstruir y estudiar una obra que resultó seminal para la historiografía humanística, marcó la pauta a los estudios subsecuentes en el campo de la crítica textual —de la filología— como arma maestra para reconstruir el pasado, instrumento que tanto desarrolló Lorenzo Valla (1405-1457).

²⁶ De la infinita bibliografía en torno a Petrarca, remito a la "Introducción. Petrarca y el humanismo", de Guido M. Cappelli, en *El humanismo italiano. Un capítulo de la cultura europea entre Petrarca y Valla*. (Madrid, Alianza Editorial, 2007, pp. 21-37), con orientaciones bibliográficas.

Siempre a disgusto con el estado de la península, no sorprende que Petrarca creara uno de los tópicos más populares del Renacimiento. A partir de él, la época grecorromana se vio como "paradigma ideal y término permanente de comparación con el presente"²⁷ Él y los sucesivos humanistas, al invocar ese pasado como marco de referencia, hicieron de la república romana (y en menor medida, del imperio) el modelo óptimo de gestión política y, por consiguiente, lo opuesto a los gobiernos de su época. Para la concepción histórica medieval, el paso del tiempo significaba que unas personas sucedían a otras, pero todo seguía más o menos igual. La Roma de los césares sólo se distinguía de la de los papas en que los pontífices llegaron después, pero Roma era la misma. En cambio, para un humanista, y cito a Erasmo: "Roma ya no es Roma" Esa constatación, en algunos casos implícita, a veces expresa y virulenta, fue una auténtica novedad en la historia del pensamiento occidental: significó tener una cabal conciencia de que las cosas cambian, y el descubrimiento los llevó a valorar las mayores o menores consecuencias de estas novedades, casi siempre sinónimo de decadencia. Advirtieron, por ejemplo, que el imperio romano había concluido y nada tenía que ver con el sacro imperio romano germánico instaurado por Carlomagno.

Un corolario del descubrimiento del cambio histórico fue la revelación gradual de que los hombres eran los auténticos protagonistas de la historia. Por lo mismo, al decir de los humanistas, éxitos y fracasos obedecían a causas terrenales, susceptibles de explicación. En numerosos autores se percibe un immanentismo y una preocupación por rastrear la causalidad de las acciones humanas, que sería difícil encontrar en la Edad Media, al menos con semejante rigor racionalista. Por algo, autores como Paolo Giovio y Jean Bodin tacharon a Maquiavelo de ateo.²⁸ Es más, diversos cultivadores de la historiografía renacentista consideraban que, si los hombres lograran descubrir las reglas de esa causalidad, podrían gobernar el curso de los acontecimientos, impartiendo a su presente y futuro las características que ellos mismos desearan. Y dado que los romanos lograron mantener vigente su república

²⁷ *Ibid.* p. 27

²⁸ En el prólogo a *Los seis libros de la República* (1576), Bodin suscribe el dicho de Giovio, quien tacha al florentino de "ateo e ignaro de las bellas letras"; cito la traducción de Pedro Bravo Gala (Barcelona, Orbis, 1973, p. 54). Sin duda estos autores confundían su immanentismo con ateísmo puro y duro.

durante siglos, pretendían averiguar en los libros de sus historiadores los motivos de tan sonado éxito; también en ellos se rastrearían las causas de su progresiva *declinatio*, por todo lo cual, si bien el estudio de Tito Livio, Salustio, César y Tácito, y el de los griegos Tucídides y Polibio, enseñaba a escribir un nuevo estilo de historia, importaba tanto o más su carácter de guía insuperable para comprender la marcha de la historia misma y para investigar por qué medios crear instituciones y mecanismos estables, capaces de provocar en cada comunidad humana un re-nacimiento de la grandeza romana. A partir de entonces, y como no sucedía desde la Antigüedad grecolatina, la historia y la política se vincularon de modo inextricable.

Así pues, recurrir al espejo del pasado no sólo servía para constatar con amargura la penosa situación que vivían. Dejando atrás los lamentos, muchos estudiosos, al igual que los historiadores, se adentraron en los testimonios filosóficos, científicos y literarios del pasado. Para redescubrirlos, se dieron a rastrear obras perdidas en las bibliotecas de monasterios y viejas catedrales. No contentos con los autores latinos, aprendieron griego para abrir la puerta a todos los escritos de esa lengua y traducir los más importantes. Al caer en la cuenta de que el latín era ya una lengua muerta, pues carecía de hablantes nativos, emprendieron su reconstrucción mediante el análisis (diríamos hoy, estructural) de los escritos de Cicerón y los autores de más clase —clásicos—, y con el apoyo de testimonios epigráficos. También se exploraron restos arqueológicos, esculturas antiguas, monedas, todo lo que escondiera noticias de aquel pasado. Tantos hallazgos movieron a plantear programas culturales, artísticos, literarios y, por supuesto, políticos, con el propósito de lograr un re-nacimiento general de los antiguos tiempos gloriosos. Así lo planteó Maquiavelo en las líneas finales de su *Arte de la guerra*, publicado en 1521. Un soldado viejo dice a unos jóvenes que él no verá los nuevos tiempos, pero "esta provincia [¿Florenia, Italia?] parece nacida para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en el caso de la poesía, de la pintura y de la escultura"²⁹ Hablar del Renacimiento significa, por tanto, referirse a ese empeño colectivo en el que participaron políticos, "anticuarios", filósofos, literatos y artistas de muy diversos campos, empeñados en revitalizar en toda su complejidad el legado cultural de la Antigüedad

²⁹ N. Maquiavelo, en *Opere Scelte*. Ed. de Gian Franco Beranti. Introd. de Giuliano Procacci. Roma, Editori Riuniti, 1971. Libro VII, p. 363.

grecorromana. No se trataba de repetir miméticamente los "gloriosos" tiempos de la república romana, sino de darles nueva vida: "resucitar las cosas muertas" y, por lo mismo, dotar a los nuevos tiempos de una identidad propia. El movimiento tuvo su mejor momento en la Italia del siglo XV y a lo largo del siglo XVI se difundió por Europa, llegando hasta el Nuevo Mundo.

No obstante, el optimismo acerca de la posibilidad de introducir regímenes ideales de gobierno (la *Utopía*, de Tomás Moro, se publicó en 1516) se fue desvaneciendo a medida que el siglo XV daba paso al siguiente. Las guerras alcanzaron a toda Europa, vino el estallido de la Reforma e Italia se volvió una presa en disputa por las naciones externas. De ahí que Maquiavelo, Gucciardini y otros tantos, no ocultaran su profunda y desesperanzada conmoción ante *le calamità* sobrevenidas a Italia.

La primera obra maestra del nuevo estilo es *Historiarum florentini populi*, del canciller de Florencia, Leonardo Bruni (ca. 1370-1444). Dijo en su prólogo que la historia exigía una larga y continua narrativa, capaz de explicar cada hecho particular y de emitir juicios adecuados sobre tales acciones. Como Livio, Bruni narró la historia de la ciudad, "segunda Roma", *ab urbe condita*, realzando las excelencias de su república.³⁰ Sólo la muerte interrumpió su historia, con los sucesos de 1402, el año emblemático en que la sitiada Florencia salvó su *libertad* frente a la *tiranía* de Milán, gracias al súbito fin de Giangaleazzo Visconti. Sobra decirlo, Bruni se inspiró en sus dilectos clásicos, insertando discursos y reflexiones. Para dotarla de mayor veracidad, acudió a los archivos de la ciudad y de familias ricas. Cosme, llegado al poder poco antes de morir Bruni, lo colmó de honores. Sus *Historiae* se difundieron por Italia y más allá. Y como los nuevos gobernantes nunca renegaron de las formas republicanas, hicieron del libro un eficaz medio de propaganda.

³⁰ Para la historiografía del Renacimiento, Erich Cochrane, *Historians and Historiography in the Italian Renaissance*. Chicago, The University of Chicago Press, 1981. Donald R. Kelley ha estudiado con gran rigor analítico lo concerniente a "Humanism and History", en Albert Rabil Jr., *Renaissance Humanism. Foundations, Forms and Legacy*. Filadelfia, University of Philadelphia Press, 1991, pp. 236-270. Sobre el prólogo de Bruni (que no aparece en la tardía edición príncipe latina de 1610), p. 239. Del mismo Kelley resulta fundamental, "The Theory of History", en Charles B. Schmitt y Quentin Skinner, *The Cambridge History of Renaissance Philosophy*. Cambridge, Cambridge University Press, 1968.

Pero la influencia de Bruni, cuyo libro, traducido al italiano, se imprimió en 1476, llegó mucho más lejos. Fue el gran modelo del nuevo género historiográfico, proseguido por diversos continuadores en la propia Florencia, y al punto inspiró nuevas historias patrias en Milán, Venecia, Roma, Nápoles. Como se sabe, por aquellos años había artistas y humanistas hasta en la más pequeña corte peninsular, pues el Renacimiento no se limitó a Florencia. A cambio de mecenazgo, cualquier estudioso de la Antigüedad estaba pronto a servir a las autoridades de un lugar. A veces el mismo individuo ofrecía su lealtad a sucesivos amos. El romano Lorenzo Valla (1405-1457), cansado de buscar acomodo en la corte papal, emigró a Milán, donde ganó una cátedra universitaria en Pavía. De ahí escapó a Nápoles, cuyo rey, Alfonso el Magnánimo, tenía enemistad con el papa. Valla hizo un brillante alegato en que probaba la falsedad del *testamento*, según el cual, Constantino heredó a los papas la ciudad de Roma. Demostró que el texto incluía palabras de latinidad tardía y muchos anacronismos; por lo tanto, no podía corresponder al latín de la época del emperador y el supuesto *testamento* era, por fuerza, una falsificación. Valla había realizado un impecable estudio filológico e histórico, y al mismo tiempo, un arma de propaganda política al servicio de los intereses del patrón en turno. Lector y estudioso de Livio, Valla escribió también la *Historia Ferdinandí regis*, el padre del monarca. Su incansable espíritu polémico pronto envenenó la relación con sus colegas napolitanos y regresó a Roma, previo perdón papal, donde terminó sus días.

Unos historiadores optaban por el latín, muestra de mayor erudición y fidelidad a sus modelos. Sin duda, recurrir a la lengua internacional les abría el paso a territorios fuera de Italia, pero limitaba mucho el número de lectores locales, sus reales destinatarios. Ello explica que las *Istorie* de Bruni se estamparan en italiano en 1476, y en latín sólo en 1610, a pesar del esmero del canciller por un latín castísimo. Incluso quienes elegían la lengua patria, como Maquiavelo y Guicciardini, terminaron vertidos al latín. La misma *Crónica* de Pulgar fue latinizada por obra de Antonio de Nebrija. De cualquier modo, la imprenta, en Italia desde 1464, fomentó la difusión de la nueva historia. Al crecer el número de ejemplares, los mercaderes debían hallar compradores a todo lo largo de la península y al norte de los Alpes.

A veces un humanista italiano iba a otro reino y aplicaba los nuevos métodos a la historia local, como Paolo Emilio en Francia, Polidoro Vergilio en Inglaterra o Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo

en Castilla. Todos emigraron en los años puente entre los siglos XV y XVI.³¹ De igual modo, hubo estudiosos transalpinos, como el andaluz Antonio de Nebrija (1441-1522), quienes, luego de estudiar en Italia, regresaban a fomentar las humanidades y la historia clásica. Por múltiples vías, el nuevo estilo pasó a Francia, Inglaterra, los Países Bajos, los germánicos, los del este y norte de Europa, y los reinos ibéricos. Además del temprano caso de Pulgar, aún por situar en su debido contexto, otros autores, sin que sea fácil decir desde cuándo, sintieron atracción por los renovados modelos historiográficos, inspirados en los clásicos y promovidos desde Italia.

Como he intentado mostrar, las nuevas historias llevaron siempre la impronta estilística de Tito Livio y otros escritores grecorromanos, según la erudición y aficiones de cada autor. De ahí, entre otros rasgos, el afán por poner discursos, no siempre verosímiles, en boca de los principales protagonistas. Por una parte, como antes se dijo, los discursos puestos en boca de los protagonistas, antes que a falsear la historia, se encaminaban a dar una explicación racional a los hechos, en la medida que cada uno exponía los motivos que lo llevaban a obrar de cierta manera. Al mismo tiempo, se trataba de que tales discursos, sobre todo si se escribían con elegancia y rigor conceptual, ayudaban al lector a normar su conducta moral y en ocasiones también a orientar su actividad política. Por fin, ello se debía a que tales relatos históricos estaban permeados hasta la médula de las preocupaciones, conflictos e intereses vigentes en cada lugar y época, de ahí el fuerte énfasis en asuntos políticos y militares. Sus autores se proponían un análisis causal de los hechos narrados, vistos desde una perspectiva terrenal, humana. De ahí que, a tono con la finalidad docente que se aplicaba a la historia, muy pocos autores, incluido Maquiavelo, desaprovecharan la tentación de proponer moralejas.

MAQUIAVELO Y GUICCIARDINI: LAS CAUSAS DEL COLAPSO DE ITALIA

A finales del siglo XV, para decirlo con el propio Francesco Guicciardini:

³¹ Donald R. Kelley, "Humanism and History", en Albert Rabl Jr., *Renaissance, Humanism. Foundations, Forms and Legacy*. Filadelfia, University of Philadelphia, 1991, pp. 246 y ss. Es de notar que no menciona ahí a los humanistas italianos de la corte de los Reyes Católicos.

Italia estaba dividida en cinco estados principales: el papa [Estados Pontificios], Nápoles, Venecia, Milán y Florencia, y los esfuerzos de cada uno, para mantener su situación, se dirigían a cuidar que nadie invadiera territorios ajenos y creciera tanto que llegara a preocupar a los otros; por consiguiente, se controlaban todos los movimientos y modificaciones que se producían, y se protestaba incluso por la alteración del castillo más insignificante.³²

Ese precario juego de contrapesos, acordado en la Paz de Lodi, en 1454, se alteró para siempre por dos dramáticos hechos, casi simultáneos. La inesperada muerte de Lorenzo de Médici, en 1492, a los 43 años, con el paso del poder a su poco dotado hijo, Piero. Dos años después, Francia invadía Italia para tomar Nápoles, apoyada por Milán. Al pedir paso a Florencia por su territorio, Piero se condujo tan mal, que provocó un motín ciudadano y ataques franceses a su territorio. Los Médici huyeron. El abrupto fin de seis décadas de dominio dio paso a dos décadas de una república acosada por conflictos internos —ante todo, la rebelión de Pisa— y por ataques externos que hundieron al régimen en 1512. Una coalición formada por el papa, Milán y el imperio repusieron a los Médici por la fuerza. Tan inédito proceder no afectaba sólo a Florencia. Los demás estados quedaron a merced de las tropas francesas, imperiales y españolas, en pugna por controlar tal o cual territorio. Cuando por fin llegó la estabilidad, a mitad del siglo XVI, España se había consolidado en Nápoles, Sicilia y el Milanésado. Desde entonces, bajo el duque Cosme de Médici, la *libre* república florentina pasó a ser un recuerdo. Las desastrosas secuelas de las invasiones extranjeras son el obligado y amargo marco de referencia de las reflexiones históricas y políticas de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) y de su amigo y contemporáneo más joven, Francesco Guicciardini (1483-1540).

Maquiavelo, cuya esmerada formación humanística está hoy fuera de duda, sólo participó directamente en la política entre 1498 y 1512, justo durante la breve república que surgió entre la caída y el retorno de los Médici. Entonces viajó a varios lugares dentro y fuera de la península y dejó informes escritos de todas sus misiones. En cambio, la obra política e histórica por la que hoy es recordado —e incluso la de carácter literario— la produjo después de 1512, ya depuesto de sus car-

³² Francesco Guicciardini, *Historia de Florencia, 1378-1509*. Trad. y pról. de Hernán Gutiérrez. México, PCE, 1990, p. 133. El pasaje completo se puede ver en la presente antología, pp. 107-131.

gos por los triunfantes Médici, habiendo sufrido prisión y tortura. De entonces a su muerte, mientras escribía sus grandes tratados (al parecer sufriendo carencias económicas), buscó en vano reinsertarse en la inestable política florentina. A su muerte, a todos inspiraba desconfianza.

Pocas figuras del Renacimiento italiano suscitan tantas reacciones y tan apasionadas y contradictorias como Maquiavelo,³³ algo que dificulta presentar en unas páginas al autor de *El príncipe* (1513), los *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio* (1513-1517), el *Arte de la guerra* (1519-1520), y la *Historia de Florencia* (1520-1524). Salvo el *Arte*, impreso en 1521, sus obras se estamparon poco después de su muerte. Ya circulaban en 1531 el *Príncipe* y las *Décadas*, y el papa Médici Clemente VII autorizó la impresión de la *Historia* al año siguiente. El *Príncipe* y las *Décadas* frisaron las veinte ediciones cada una en el siglo XVI, y pasaron al francés y al latín; la segunda también salió en español, dedicada al futuro Felipe II, en Medina, en 1555. Y si bien toda su obra pasó en 1559 al Índice de libros prohibidos por la Iglesia romana, la Inquisición española esperó hasta 1583.

A fuer de buen humanista, sus escritos de carácter histórico son inseparables de su pensamiento político, sobre todo si hablamos de los *Discursos*. Excluido de la política activa, en ellos buscó, mediante una rigurosa inmersión en la historia romana, descubrir qué factores condicionaban la fuerza y la debilidad de los estados. Se propuso volver a la política algo inteligible, analizable. Buscó una explicación racional a la relación entre los fines y los medios, pues con frecuencia los mismos medios traían resultados opuestos y viceversa. Puso grandes esperanzas en *El príncipe*, así para rescatar a Italia, como también para volver a la actividad política. Con todo, en las *Décadas* sostuvo que el mejor príncipe es el que funda las mejores instituciones. Antes que la persona, le interesaba el legado de cada príncipe, si fue capaz de crear instituciones aptas para mantener a su estado por largo tiempo y en paz. En su afán de explorar la marcha interna de las sociedades, planteó que la rivalidad entre aristócratas (*grandi*) y pueblo (*popolo*) era inevi-

³³ Una excelente introducción a Maquiavelo es Quentin Skinner, *Maquiavelo*. Madrid, Alianza Editorial, 1984, con bibliografía analítica. Fundamental, Felix Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini Politics and History in Sixteenth-Century Florence*. Princeton, Princeton University Press, 1964; cito de la traducción italiana de Franco Salvadorelli. Turín, Piccola Biblioteca Einaudi, 1970. Aproximaciones más recientes y con nueva bibliografía, en la voz correspondiente de la citada *Encyclopaedia of the Renaissance*.

table, pero resultaba provechosa siempre que un grupo actuara como contrapeso del otro; en cambio, si uno de ellos acaparaba todo el poder, sólo se ocupaba en aniquilar al rival, causando banderías y discordias civiles. Cuando éstas no se superaban, toda república marchaba hacia su irreversible corrupción. Destacó también la importancia de que un Estado contara con armas ofensivas y defensivas, pero propias, no mercenarias. Además, consideraba indispensable poner límites al poder de quienes usan las armas, pues la república romana se corrompió cuando los militares se volvieron emperadores.

En ese mismo orden, las reflexiones maquiavélicas se enfocaron hacia otra cuestión capital, la relación entre la actividad voluntaria y constructiva de los hombres (*virtù*) y el azar (*fortuna*), su insondable contrapeso. Como humanista, Maquiavelo admitía el protagonismo de los hombres en el curso de los acontecimientos. Además, creía que una ciudad o un Estado podían dirigirse hacia ciertos fines, siempre y cuando los impulsores gozaran de *virtù*, es decir, de tacto, de prudencia política. Sin embargo, los más sabios proyectos podían ser anulados por el azar, la *fortuna*. Al no hallar para ésta una explicación racional, debió contentarse con señalar que, en todo buen suceso político se conjugaban por fuerza la *virtù* y la *fortuna*.

Maquiavelo desarrolló sus teorías a partir del estudio a fondo de la historia antigua. De ella derivó su teoría de que era conveniente para la estabilidad de un Estado no concentrar todo el poder en unas solas manos, y de ahí la utilidad de la coexistencia de bandos, de partidos. Los viejos historiadores también le mostraron cómo el azar podía destrozarse los más calculados planes. Tales herramientas le sirvieron para analizar el pasado reciente de su patria, en la *Historia de Florencia*. La ocasión de escribirla llegó en 1520, cuando un amigo de juventud, Julio de Médici (futuro Clemente VII), le encargó escribir la historia "de los hechos del pueblo florentino", a cambio de un salario. Maquiavelo distaba de simpatizar con el régimen mediceo, pero al escribir bajo el mecenazgo de uno del clan, debía hacer un esfuerzo de diplomacia, sin renunciar a sus principios. Esto lo llevó a valorar el sentido y los alcances de la familia en la historia de su devastada ciudad. Elogió a Cosme y a Lorenzo, en quienes halló *virtù* unida a *fortuna*, y tal vez para no ahondar en la penosa actuación de Piero, el hijo del segundo, y en sus secuelas, puso fin a la obra con la muerte del padre, en 1492.

Como Quentin Skinner señaló, Maquiavelo, en su *Historia de Florencia*, pasa de un libro a otro, dejando vacíos cronológicos hasta de

cincuenta años.³⁴ Ello se debió a que el florentino, fiel a su interés por desentrañar cuestiones concretas a partir de las cuales explicar el curso de la historia, eligió unos cuantos hechos —como Salustio—, evitando una narrativa lineal, una cansada crónica de los sucesos de cada año. Maquiavelo juzgó que Leonardo Bruni narra las hazañas de una Florencia siempre victoriosa en su lucha por la república; en cambio, deja en total silencio las banderías y conflictos que la desgarraron por siglos. Su hilo conductor es la teoría de que la enemistad era inevitable entre el pueblo y la aristocracia. Según expuso en las *Décadas*, esa rivalidad era útil cuando evitaba el predominio absoluto de un grupo sobre los otros. Si se lograba tan difícil equilibrio, surgía el consenso para aprobar nuevas leyes que, por adecuarse mejor a las nuevas circunstancias, restauraban la estabilidad por cierto tiempo. En cambio, si una de las partes optaba por eliminar a la otra, el resultado eran los bandos, la guerra civil, la corrupción de las instituciones. Su relativo desinterés por el rol de los hombres ilustres es evidente en el capítulo en el que Maquiavelo elogió a Cosme de Médici. Se disculpó de hacerlo, alegando que había sido un "hombre raro", es decir, excepcional. Porque él —aclara— no escribe una historia de príncipes, de individuos particulares, sino una "historia universal", es decir, de la sociedad en su conjunto.³⁵

El libro segundo, incluido en la presente antología, ilustra a la perfección esa tesis capital. Maquiavelo repasa a vuelapluma desde los orígenes romanos hasta el momento en que Italia se divide entre los que seguían al emperador (gibelinos) y los defensores de las libertades comunales, con respaldo del pontífice (guelfos). Desde ahí, la narración se hace pausada, destaca pormenores de la guerra a muerte que desgarró a ambos bandos en la Florencia de los siglos XII y XIII. Sólo al concluir el XIII, vencidos y desterrados los imperiales, se consensuó una república con amplias bases de representación entre los diversos *órdenes* de la población. No obstante, el acuerdo duró poco, pues pronto el pueblo quiso eliminar a los nobles de las magistraturas, aprovechando su permanente desunión. En 1298, por fin, las partes llegaron a un acuerdo. El resultado fue que: "Jamás se vio nuestra ciudad en más espléndida y feliz situación [...] rica como era en hombres, en tesoros y en prestigio"³⁶ Toda Toscana quedó

³⁴ N. Maquiavelo, *Historia de Florencia*, pp. 99 y ss.

³⁵ *Ibid.*, libro VII, cap. 6.

³⁶ *Ibid.*, libro II, 15, p. 100. Todo el libro segundo se incluye en la presente antología. Véase pp. 47-106.

sujeta a Florencia y —aquí su tesis central— el resquemor entre nobles y pueblo no se esfumó, pero tampoco ocasionó reyertas. Al menos por un tiempo, pues a poco dos clanes nobiliarios arrastraron a la república entera a una guerra entre *negros* y *blancos*.

En un principio se desterró a los negros, pero al cambiar los vientos se expulsó a los blancos, Dante entre ellos. En vano intervenían legados papales, el rey de Nápoles, el emperador: las guerras intestinas no cedían en Florencia ni en ciudades como Luca y Pisa. Las conspiraciones, ahogadas a sangre y fuego, sólo abrían paso a otras. Unos exiliados se aliaban con los enemigos milaneses. Varios cabecillas quisieron volverse príncipes en una ciudad cuyos moradores, "ni saben conservar la libertad ni pueden tolerar la servidumbre"³⁷ La muerte de los principales rivales abrió otro período de relativa paz, de 1328 a 1340. Entonces, un noble napolitano, el duque de Atenas, ocupó la señoría como amo absoluto, pero en pocos meses el pueblo, la nobleza y parte de la plebe lo derribaron. A su fuga, una nueva constitución repartió las magistraturas entre nobles y pueblo. Sin embargo, dice el autor, la nobleza rehusó compartir el poder y, por ganar todo, perdió hasta el último cargo. En adelante —y así acaba el libro II—, aunque la nobleza quedó "aniquilada, no le faltaron a la fortuna medios para hacer que resurgieran nuevas rivalidades y nuevos dolores"³⁸

El estilo de Maquiavelo tiende a ser conciso, pero en momentos alcanza dramatismo, como al narrar la entrega de dos caballeros a la plebe en un disturbio. Los amotinados, "no contentos con lacerarlos con sus cuchillos, los destrozaron con las manos y con los dientes. Y para que todos sus sentidos se saciaran con la venganza, después de haber oído sus lamentos y de haber visto sus heridas y de haber tocado sus carnes laceradas, querían también que su paladar los saborease"

El relato no para en anécdota, le permite una conclusión de carácter general: "los rencores se muestran más grandes, y más graves las heridas cuando se recupera una libertad que cuando hay que defenderla"³⁹ Tras cada suceso busca una regla o, al menos, una moraleja. En momentos cruciales, como cuando el duque de Atenas se alzaba con el poder absoluto, en la plaza de Santa Cruz, con apoyo de la plebe, el narrador pone los argumentos de cada bando a modo de discursos, lo que

³⁷ *Ibid.*, 136, p. 134.

³⁸ *Ibid.*, 47, p. 146.

³⁹ *Ibid.*, 37, pp. 138, 139.

le permite debatir la acre cuestión: en qué radica la verdadera libertad y qué secuelas trae la tiranía. Su interés por explicar los mecanismos reguladores de la conducta de una sociedad iba acompañada del afán por escribir una historia —como quería Salustio— en la que las palabras “han de estar al nivel de los acontecimientos”

Maquiavelo murió a pocos meses del Saco de Roma, en 1527, cuando el papa Médici, Clemente VII, fue humillado por las tropas imperiales. Florencia aprovechó el suceso para instaurar una última y fugaz república, cuyo trágico desenlace Maquiavelo no alcanzó a ver. Su amigo Francesco Guicciardini⁴⁰ vivió 13 años más, los suficientes para perder toda esperanza en el futuro de Italia. Maquiavelo fue hijo de un abogado, pertenecía pues al estamento popular; Francesco, en cambio, era aristócrata y su familia intervino en política por varias generaciones. El único cargo público de Maquiavelo se redujo a los 14 años finales de la república, abatida en 1512. Guicciardini inició su carrera en esa misma república, pero al volver los Médici se adaptó a ellos, y sirvió a los papas León X y Clemente VII. Ante la disyuntiva de sufrir un régimen gobernado por el pueblo o apoyar el liderazgo mediceo, optó sin titubeos por lo segundo. Para él, la época dorada de la ciudad transcurrió en las seis décadas que fueron de Cosme el Viejo a Lorenzo el Magnífico. De ahí que el fin de éste marcara el inicio de la catástrofe. Guicciardini desempeñó con crudeza los altos encargos judiciales de Clemente VII, muerto en 1534; entonces se volvió el principal consejero de Alejandro de Médici, el odiado tirano impuesto por los imperiales en 1531, como duque de Florencia. Asesinado en 1537, su sucesor, Cosme el Joven alejó a Guicciardini, quien pasó los últimos tres años de su agitada vida en retiro forzoso. Sus enemigos nunca le perdonaron la saña con que castigó e hizo ejecutar a los seguidores de la última república florentina, en 1531.

Además de informes oficiales, Guicciardini escribió diarios, colecciones de consejos y aforismos políticos, piezas declamatorias e historias, pero sólo preparó para la imprenta su obra póstuma, la *Historia de Italia*. De sus escritos destaca la inconclusa *Historia de Florencia*, fruto de sus años de desgracia, de 1527 a 1530, entre la caída y la definitiva vuelta de los Médici. La obra sólo se imprimió en el siglo XIX, con el impreciso anuncio de que comprendía lo ocurrido de 1378 a 1509. Pero, salvo las dos primeras páginas, la narración arranca en 1433,

⁴⁰ Remito a F. Gilbert, *op. cit.*

con el destierro y toma del poder por Cosme de Médici. El autor abandonó la obra cuando narraba sucesos de 1509, por razones poco claras, pero resulta evidente que quiso centrarse en las seis décadas del primer gobierno de la poderosa familia y las tristes secuelas del fin de Lorenzo. La presente antología incluye tres capítulos de esa obra, donde se aprecia la estima del autor por Cosme y Lorenzo, y su crítica opinión sobre Piero. Con todo, fruto de su empeño por la objetividad, ninguno de los tres retratos ofrece sólo elogios o vituperios.

Obra inconclusa, la *Historia de Florencia* careció de la última lima, pero en sus páginas asoma el historiador humanista atento al estilo y pronto a poner discursos en boca de los protagonistas para que ellos expliquen el sentido de sus acciones. De igual modo, su preocupación nodal es de carácter político: explicar racionalmente los dramáticos hechos de su tiempo. Nacido en 1483, sólo tenía once años cuando la fuga de los Médici y la invasión francesa. Por tanto, su vida activa abarca los años en que Florencia —república o principado— perdió su autonomía ante las potencias transalpinas y los estados peninsulares. Esa pasión por explicar los hechos políticos que tanto lo afectaron aleja a su historia del riesgo de ser una simple apología de la familia a la que tan bien sirvió. Como apunté, al juzgar a Lorenzo y a su abuelo Cosme, no teme señalar las inconsistencias y debilidades de sus héroes, ni sus defectos personales. En cuanto a Piero, lo acusó de la ruina del Estado, por sus medidas desatinadas y la falta de tacto de su entorno. No toda la culpa tocaba al joven inexperto: "la catástrofe no había tenido otro origen que los métodos y la conducta de Piero, y la arrogancia de los que lo rodeaban [...] un solo día borró todos los beneficios que nuestra ciudad había recibido de esa familia en el transcurso del tiempo"⁴¹

Francesco dedicó sus últimos tres años, sin esperanza de vuelta a la esfera política, a su obra maestra, la *Historia de Italia*.⁴² Se ha sugerido que abandonó la *Historia de Florencia* al advertir que, a partir de la invasión francesa de 1494, su patria sólo podía ser vista desde un nuevo marco de referencia, el derivado de la presencia de tropas extranjeras en la península, con la fractura de los tradicionales equilibrios internos.

⁴¹ F. Guicciardini, *Historia de Florencia*, ... pp. 138-139.

⁴² La única traducción española de que tengo noticia es la versión parcial: *La historia del señor [sic] Francisco Guichardino ... en la qual, demas de las cosas que en ella han subcedido desde ... 1492 hasta nuestros tiempos, se trata muy en particular de los hechos del Gran Capitan en el Reyno de Napoles ... / traducida por Antonio Florez de benavides ... Impresa en Barça en casa de Juan Baptista de Moctoya, 1581.*

Desde entonces, Florencia, lejos de ser un estado con liderazgo y política propios, pasó a ser otro de los estados peninsulares, a merced de las potencias externas. Sin duda por ello, la *Historia* arranca con el breve dibujo de una península idílica, que se hunde a la muerte del Magnífico. Con esa suerte de proemio muestra, por contraste, los males de las invasiones. Según Felix Gilbert, gran estudioso del humanista, la *Historia de Italia* se divide en dos partes porque en la primera habla del fin de los tiempos dorados, entre 1494 y 1521, cuando los estados italianos, aliándose con una potencia y con otra, acabaron perdiendo toda iniciativa política, convertidos en juguetes del exterior. La segunda parte trata de esa tierra sojuzgada por las potencias europeas. Si el libro parte de la Italia que un día fue, cierra con la amarga experiencia de una Italia que, sin remedio, había dejado de ser. Salvo el exordio, se ciñe a los cuarenta años posteriores a la primera invasión. Por algo la traducción francesa se intituló: *Historia de las guerras de Italia*.

En su comentario a las *Décadas*, de Maquiavelo, Guicciardini afirmó que su paisano habló *troppo assolutamente*, o sea, pretendía dictar reglas absolutas, de orden general, a la marcha de la historia; en cambio, él sólo veía la lucha del hombre contra la fortuna, ese mar embravecido, capaz de engullirlo todo.⁴³ Político práctico a lo largo de toda la vida, en su visión de la historia, antes que reglas generales, lo importante era examinar con qué grado de prudencia se comportaba un político a la hora de tomar decisiones, y, como buen aristócrata, no creía, al modo de su admirado amigo Maquiavelo, en la conveniencia de una república en la que aristócratas y populares coexistieran en perpetua pugna. Para él, sólo podría gobernar bien un régimen en que el gobierno estuviese en manos de la nobleza. Y aunque sólo aprobaba una república de carácter estrictamente aristocrático, dado su fuerte instinto pragmático, nunca juzgó indigno colaborar con regímenes despóticos, si los creía capaces de garantizar el orden.

La originalidad de Guicciardini, más que fruto de una densa reflexión teórica, derivó de su método. Como sus coetáneos, se dejó guiar por las reglas de Cicerón en *De oratore* (que transcribió al frente del manuscrito de su *Historia*), y por los restantes historiadores clásicos, cuyo estilo y recursos literarios siempre quiso emular. Por lo mismo, incluye los forzosos discursos en boca de los actores, explicando así una trabazón de hechos cada vez más compleja. A ello agregó sus décadas

⁴³ F. Gilbert, *op. cit.*, pp. 237 y ss.

de experiencia en la conducción del río revuelto de la política italiana. Además de sus informes a las autoridades, anotaba apuntes privados sobre las experiencias personales. A su vez, recopiló memorias manuscritas de los contemporáneos y leyó todas las crónicas a su alcance, impresas o no, y cuanto halló sobre la Italia reciente. Más importante: llevó los archivos oficiales de la ciudad a su casa y leyó la correspondencia diplomática. Todos esos elementos sumados le permitieron realizar un fino análisis en el que relacionó con rigor los hechos de los múltiples actores italianos y los de las potencias foráneas. Por algo su contemporáneo francés, Jean Bodin, lo llamó "padre de la historia". Tan amplia perspectiva habría sido imposible al autor, de haberse limitado a escribir sobre su ciudad, cada vez menos dueña de sí. No obstante su pesimismo en torno al poder del azar, ni él ni Maquiavelo renuncian al sueño de racionalizar el quehacer político, justo para minar la potente e irracional acción de la fortuna. Sin esa esperanza, ninguno de ellos se habría molestado en tomar la pluma para reflexionar con rigor en torno al pasado y el presente de su ciudad.

Guicciardini revisó, pero no vio impresa su *Historia de Italia*. Sólo en 1561 salieron los primeros dieciséis libros, seguidos por los otros cuatro. El imponente conjunto superó las dos mil páginas, pero el éxito editorial fue inmediato: en las cuatro décadas finales del siglo rondó las treinta ediciones, entre ellas, una versión resumida; esto sin contar las traducciones al latín, al francés y al castellano.

UN MÉTODO PARA LEER Y ESCRIBIR LA HISTORIA

Si el siglo XV fue en extremo conflictivo y sangriento, el XVI lo superó con creces. Las luchas por la hegemonía entre el rey Francisco de Francia y Carlos V hicieron de Italia uno de sus teatros de acción, pero alcanzaron a todo el continente, y no cesaron al morir los soberanos, en 1547 y 1559. A mediados del siglo XVI, los Países Bajos se alzaron contra Felipe II, desatando largas y devastadoras guerras. Arrebió la hostilidad entre Inglaterra y España. Corsarios ingleses interferían el camino de Indias, atacando puertos y naves mercantiles. España buscó en vano ocupar la isla con la Armada Invencible. Entre tanto, el imperio turco amagaba a Europa por el este, con anuencia de Francia y algunos príncipes protestantes. Un factor agravante fue la crisis de la Reforma, iniciada por Lutero, en 1517. Al surgir nuevas confesiones, como la luterana y

la calvinista, los propios católicos se reformaron a sí mismos, en el proceso conocido como Contrarreforma. En un marco de creciente intolerancia, cada soberano trató de imponer, incluso con las armas, una sola fe en sus dominios, desatando choques, represión y rebeliones.⁴⁴

El caso francés amerita mención aparte. A la muerte de Francisco I, en 1547, la alta nobleza se escindió en bandos que se enfrascaron en sucesivas guerras civiles (las guerras de religión), a fin de controlar al monarca en turno. Cuatro débiles reyes en cuatro décadas llevaron a la Corona a una creciente descomposición. Uno de los partidos era católico, aliado con Felipe II y el papa; el otro, hugonote, vinculado con varios estados antihabsbúrgicos. La minoría protestante, víctima de frecuentes masacres perpetradas por los católicos, desarrolló una política cada vez más radical, de resistencia a los reyes. El partido hugonote los tachó de tiranos, y postuló el derecho a eliminarlos. Un tercer bando, el de los llamados *políticos*, pretendía restaurar una monarquía sólida, negociando con los contendientes la introducción de la tolerancia religiosa. Uno de los *políticos* era el jurista Jean Bodin (1529-1596).⁴⁵

Mientras Italia se hundía en cavilaciones sobre la ruina traída por los bárbaros, al norte de los Alpes el humanismo italiano cundía por cortes y ciudades, empapándose de las tradiciones culturales propias de cada región. En medio de esos conflictos, los gobernantes descubrieron el valor de la historia como arma política de propaganda, y promovieron las historias dinásticas y territoriales. De modo paralelo, no pocos estudiosos —inspirados a veces por Maquiavelo y Guicciardini— hicieron de la historia un precioso instrumento de reflexión sobre la situación política intelectual, religiosa y social de su entorno. Tanto subió el prestigio de la disciplina, que muy pronto ella misma se volvió objeto de reflexión.

Juan Luis Vives (1492/3-1540),⁴⁶ un valenciano residente en Flandes, estudiante en París y, por unos años, consejero de Enrique VIII en

⁴⁴ En español, una visión de conjunto sobre el siglo, en G. R. Elton, *La Europa de la Reforma, 1517-1559*. México, Siglo XXI Editores, 1973, y J. H. Elliot, *La Europa dividida, 1159-1598*. México, Siglo XXI Editores, 1973, con un examen de las guerras francesas de religión.

⁴⁵ Sobre Bodin, al que se volverá adelante, véase Q. Skinner, *Los fundamentos del mundo moderno. I El Renacimiento. II La Reforma*; II, cap. VIII, "El marco de la Revolución Hugonota", en especial, pp. 281-310.

⁴⁶ El más reciente estudio de conjunto sobre Vives: Charles Fantazzi, ed., *A Companion to Juan Luis Vives*. (Leiden, Boston, Brill, 2008, con rica bibliografía.) El tema de su

Inglaterra, escribió varios tratados sobre la situación europea, en la tercera década del siglo XVI. Su condición de español, cuyos antecedentes judeoconversos lo llevaron al exilio para alejarse de la Inquisición, más la experiencia de haber vivido en Francia e Inglaterra, le dieron un amplio punto de vista —diríamos hoy, supranacional— para referirse a las contiendas de su tiempo. En 1526 publicó: *Acerca de los conflictos de Europa y de la república*. Al llamar así al libro, fue uno de los primeros en llamar Europa al espacio hasta entonces definido como *Cristiandad*. Tres años después, editó *Acerca de la concordia y la discordia en el género humano*. Abrumado por la guerra que abrasaba al continente, hizo dramáticos llamados a una paz general. Según él, sólo es factible una convivencia en verdad humana si se logra la concordia entre los reyes y entre cada uno de los integrantes de una sociedad. Sus tesis lo sitúan en la antípoda del pragmatismo político de sus coetáneos Maquiavelo y Guicciardini, que no alcanzó a leer. Pacifista radical, como su maestro Erasmo, Vives vio en la historia una arma obligada para enseñar prudencia política a los gobernantes y prudencia civil a los ciudadanos, dado que la experiencia de lo ocurrido en otro tiempo y lugar era la mejor guía para no repetir viejos errores.

Al dirigirse a lectores de distintas naciones, escribió siempre en latín. Su obra más importante, *Acerca de las disciplinas (De disciplinis)* apareció en 1531.⁴⁷ En su tratado enciclopédico emprendió una revisión crítica del saber que se enseñaba en las aulas, pues, a su juicio, se había corrompido. Al mismo tiempo, y como buen humanista, buscó nuevos métodos y fundamentos capaces de promover el re-nacimiento y adelanto de los saberes de su tiempo. Se ha dicho que la obra contiene un balance general de la cultura de Occidente.

Conforme analizaba el estado de los distintos saberes, brindaba a sus lectores una guía sistemática de los libros que convenía leer en el campo de cada ciencia y disciplina académica. No sólo los enlistó, sino que emitió valoraciones, no todas positivas. Dedicó dos capítulos a refle-

recepción, en Enrique González González, con la colaboración de Víctor Gutiérrez Rodríguez, *Una república de lectores. Difusión y recepción de la obra de Juan Luis Vives*. México, UNAM-ESUE, 2007.

⁴⁷ La más reciente traducción española de *Las disciplinas*. Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1997, 3 vols., más uno introductorio. Versión colectiva. La obra se divide en tres partes que suman 20 libros, y cada uno, desde el siglo XVIII, se divide en capítulos. Se ocupa de la historia en la parte primera, libro II, *De la gramática*, caps. 5 y 6, pp. 134-144, y en la parte segunda, libro V, caps. 1 y 2, pp. 215-240.

xionar sobre la historia y su importancia. Cuándo y en qué circunstancias surgió como disciplina y por qué decayó a pesar de la madurez alcanzada por los grandes exponentes griegos y romanos. Juzgó que su decadencia se debía a que se contaminó con las narraciones de los poetas (épicos) y las fábulas. Entre ellas incluyó las novelas de caballerías. De igual modo, se debía a la tendencia de cada pueblo a alabarse por encima de los otros, por lo que sus historiadores recurrían a la fantasía, la mentira o, al menos, a exagerar virtudes y méritos de sus grandes hombres. Además de a la credulidad y vanagloria de tales autores, Vives achaca la decadencia del género al bajo estilo en que sus historias se escribían, sin importar la elevación de los asuntos. A lo largo de su recorrido, valoró el carácter de los principales historiadores, desde el nebuloso tiempo de los poemas homéricos hasta sus días. Habló de los autores europeos, pero también de los que trataron sobre Asia, África y aun de las Indias.

Vives hizo de la historia la madre de todas las ciencias, incluida la teología, pues todas se nutren de experiencias pretéritas. La experiencia, por su parte, es uno de los componentes de la prudencia, la virtud por antonomasia. Define a la prudencia como el arte de gobernar la propia vida y la de los pueblos. Si falta, todo se desordena en lo público y en lo privado, pues enseña a adecuar cada acto de la vida "a los lugares, momentos, personas y negocios"⁴⁸ Sólo se adquiere, afirma, por una combinación de juicio agudo acerca de las cosas, más experiencia. Y como no basta con la propia, la historia enseña a servirse de las experiencias ajenas.

Para enunciar las características de la buena historia, Vives —tal como lo harán todos los tratadistas de la disciplina en las décadas siguientes— elabora su discurso a partir de los párrafos en que Cicerón, Salustio, Quintiliano, Polibio y otros reflexionaron acerca de la disciplina, pasajes que tanto estimularon también la actividad de los historiadores humanistas, como antes se mostró. Pero mientras ellos buscaban en las citas clásicas una guía para escribir buena historia, un instrumento pragmático, Vives reflexionó acerca de la historia misma, su origen e importancia, el mejor modo de escribirla y estudiarla, y sobre los principales historiadores de cada lugar y época, incluyendo los contemporáneos. Retomó de Plutarco la noción de que la historia es un organismo vivo y, por lo tanto, es universal, y al escribir acerca de uno de los miembros,

⁴⁸ Juan Luis Vives, *Las disciplinas*, parte 2, cap. 1, p. 215.

no se lo debe desprender del resto. Destaca también la necesidad de que lectores y autores conozcan la geografía de los espacios donde se desarrolla un hecho, la importancia de establecer una adecuada cronología y discernir sobre la veracidad de los relatos de cada autor. Al reunir citas dispersas de historiadores y filósofos y reflexionar acerca de ellas, hizo un temprano esbozo de los temas que desarrollarían los tratadistas de la historia, bien para definirla desde una perspectiva teórica, o para explicar cómo escribirla.

De disciplinis tuvo incontables lectores en los círculos letrados, y los autores de tratados que reflexionaban acerca de la historia, y que abundan desde mediados del siglo XVI, parecen haber leído todos a Vives, pero está por estudiarse el grado de influencia. Salvo en aspectos concretos, no lo siguieron literalmente, pero suelen delatar su lectura y en ocasiones lo mencionan. Baste un ejemplo: todos los tratadistas glosan a su modo la cita ciceroniana acerca de la historia como "maestra de la vida, luz de la verdad", etcétera. Pero surgían problemas. Habiendo acuerdo en que el deber primario del historiador está en decir la verdad, ¿qué hacer cuando esa verdad es una cruel guerra, un crimen atroz o un acto de lascivia? Vives, y otros humanistas, son contundentes: el historiador no debe ocuparse de tales asuntos, ni de frívolas anécdotas, sino tan sólo de casos de carácter ejemplarizante. Pero si se admite esa posición, habría que callar sobre cualquier asunto apartado de la moral y el bien; en consecuencia, la historia se volvería, con ese silencio, una encubridora de la verdad, más que su luz. Para resolver la paradoja, François Baudouin (al que adelante volveré) dijo que la historia era púdica, sobria y casta, siempre que tratara sus asuntos, aun los más espinosos, con rectitud y sobriedad.⁴⁰ Es decir, se podían tratar las cuestiones más espinosas y escabrosas, siempre y cuando el historiador no les diera un enfoque —diríamos hoy— morboso. Cada quien opinó a su modo sobre las más variadas cuestiones. Por ejemplo, hasta qué grado la narración histórica debía seguir las reglas de la retórica, o si le bastaba con decir la verdad.

Primero en Italia, a mediados del siglo XVI, surge una línea de tratadistas acerca de cuál es el sentido de la historia; casi todos se expresaron en italiano. Se trataba de ensayos normativos con sugerencias

⁴⁰François Baudouin, *De institutione historiae universae et eius cum iurisprudentia coniunctione*. París, 1561, p. 13, en <<http://books.google.com.mx/books>>, consultado el 15 de mayo de 2010.

cias para escribirla, pero antes debían examinar y, de paso, revalorar su carácter como disciplina. Ante todo, planteaban si la historia era apenas un apéndice de la retórica, como decían griegos y latinos, o si poseía entidad propia; de ahí la insistencia con que se discutía sobre las relaciones entre ambas disciplinas. La retórica trata del discurso y sus partes constitutivas; la historia, cuyo discurso se sirve en alguna medida de las normas de la retórica, va mucho más lejos, pues da cuenta de la vida de todos los pueblos, pasados y presentes, y de sus formas de gobierno, entre otros aspectos.

Destacaron, entre los primeros tratadistas, Sperone Speroni (1500-1588), con su *Dialogo della storia* (Venecia, 1542); su discípulo, Francesco Robortello (1516-1567), que escribió *De historica facultate disputatio* (Florencia, 1548). Francesco Patrizi (1529-1597) debatió esas cuestiones en *Della historia diece dialogi* (Venecia, 1560).⁵⁰ No se ha estudiado suficientemente su influencia dentro y fuera de Italia, pero Bodin cita a Patrizi.

Casi al mismo tiempo, el filósofo sevillano asentado en Lovaina, Sebastián Fox Morcillo (1526?-1560), procuró conciliar a Platón y Aristóteles en *De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione* (Lovaina, 1554). Tres años después publicó *De historiae institutione Dialogus* (*Diálogo sobre la enseñanza de la historia*), en la imprenta de Plantino, garantía de amplia circulación, como prueba su reimpresión en París el mismo año.⁵¹ Fox no cita en su diálogo a humanistas italianos, aunque bien pudo conocerlos, pues tampoco menciona a Vives, al que tanto elogió en otras obras. El hecho es más notable porque Fox tiene en su diálogo algunos pasajes evidentemente calcados de aquél. El sevillano hace algunas reflexiones teóricas, en parte inspiradas en Vives, pero su objetivo central es mostrar de qué modo se debe escribir la disciplina. Por lo mismo, trata con mucha brevedad del origen, clímax y decadencia de la historia; la define y señala sus partes, y destaca su importancia. A continuación, dedica la parte sustancial del libro a dictar los preceptos pertinentes para un buen historiador: cómo describir lugares y tiempos, de qué modo narrar lo

⁵⁰ No pude consultar a estos autores, examinados en reseñas en D. R. Kelley, "The theory of History", en *op. cit.*, pp. 753-754, y en Antonio Cortijo Ocaña, *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo. De Historiae Institutione Dialogus. Diálogo de la enseñanza de la historia (1577)*. Alcalá, Universidad de Alcalá, 2000, pp. 42-46.

⁵¹ Lo edita Cortijo en latín y español, citado en nota anterior, con una introducción sobre el autor y su obra.

verdadero, cómo describir los hechos e indicar sus causas, etcétera. Su afán didáctico no debe ocultar el hecho de que Fox, siendo filósofo, se ocupara de la historia. Obedece a que reprochó a los autores escolásticos que debatieran sus cuestiones exclusivamente a través de argumentos, los cuales desarrollaban en abstracto, haciendo caso omiso de las circunstancias de tiempo y espacio. Para él, toda reflexión filosófica debía apoyarse en la historia. Sin lugar a dudas, la mayoría de los filósofos, desde el Renacimiento, hicieron de la historia un instrumento para su investigación, muy en especial los filósofos políticos.

También a mediados del siglo XVI, otros estudiosos se ocuparon del sentido e importancia de la historia. Se conoce como humanismo jurídico a una corriente exegética que interpretó el derecho romano y el de los restantes pueblos, como manifestaciones históricas específicas de las sociedades que lo crearon.¹² Los juristas medievales creían que el romano contenía la esencia misma del derecho, del *jus*, entendido de modo intemporal y universal. Es más, afirmaban que había sido creado por inspiración divina. El humanismo jurídico, en cambio, declaró que el derecho romano era simplemente el derecho desarrollado por un pueblo concreto, el romano, a lo largo de unos siglos bien definidos. Por tanto, era equiparable al de cualquier otro pueblo, y todos y cada uno de los derechos particulares se debían estudiar a la luz de la historia, en tanto que creados y desarrollados por pueblos concretos en tiempos concretos. Ya en 1531, Vives había defendido esa tesis en *De disciplinis*. Todo texto jurídico debía estudiarse con las armas de la filología y la historia, para determinar en qué circunstancias se produjo y bajo qué instituciones políticas, económicas y religiosas tuvo vigencia. Dos seguidores del humanismo jurídico escribieron los tratados más influyentes del siglo XVI sobre el sentido de la historia. No pretendían tanto de qué modo escribirla, sino cómo leerla críticamente, a fin de extraer de ella el mayor provecho posible.

En primer lugar, el jurisconsulto flamenco François Baudouin (1520-1573), antiguo estudiante de Lovaina, profesor de derecho en media docena de universidades europeas, autor de comentarios históricos al derecho civil, y de escritos en pro de la concordia entre católicos y protestantes. En 1561 publicó en París *De institutione historiae universae, et eius cum iuriprudencia coniunctione prolegomena*

¹² Sobre el humanismo jurídico, véase los capítulos introductorios de August Monzon, *El derecho en Joan Lluís Vives*. Tesis. Valencia, Universitat de València, 1987, con bibliografía.

(*Prolegómenos acerca de la enseñanza de la historia universal y su vinculación con la jurisprudencia*). El autor,⁵³ uno de los fundadores del humanismo jurídico, hace una vasta reflexión, primero, sobre la historia en general y, acto seguido, sobre la necesidad de vincularla con el derecho. Para Maquiavelo y Gucciardini, entre otros, el interés de historiadores y teóricos políticos por el pasado se saciaba con la lectura de los escritos históricos y, en el mejor de los casos, de los archivos de una ciudad o una familia. De ahí el carácter directamente político y militar de sus historias. Baudoin plantea que los textos de carácter legal reflejan de modo directo incontables aspectos de las costumbres y la vida social, institucional y política de los diversos pueblos. No bastaba con tratar asuntos políticos y militares, pues la historia debía ser universal, es decir, dar razón de todos los asuntos en cualquier tiempo y región, pero ello no significaba hablar de todo a la vez, sino, según el símil de Plutarco, de la historia como un organismo vivo, mostrar cada miembro, declarando su uso y fin, relacionándolo coherentemente con el resto de sus partes. Que cada porción que se adopta como objeto de estudio, se exponga diligentemente, con sabiduría, sin limitarse a narrar acontecimientos (*eventa*), sino dando cuenta de sus causas y de las deliberaciones que llevaron a tales acciones; además, teniendo en cuenta su utilidad.⁵⁴ Para esto, como antes señaló Vives (del que se perciben diversos ecos textuales), se debía examinar la veracidad de cada testimonio, atender al orden cronológico de cada hecho y a los espacios geográficos en que se desarrollaba.

Un lustro después, otro jurista, el francés Jean Bodin (1529/30-1596)⁵⁵ dio a las prensas parisienses el más influyente de esos tratados, *Methodus ad facilem historiarum cognitione* (París, 1566). A tono con las tesis del humanismo jurídico, pretendió formular un derecho universal que no se basara sólo en el romano, sino que procediera de un estudio concreto del derecho de los pueblos hebreo, meda, persa, celta, germánico, turco y árabe. Por cierto, en esa suma de experiencias humanas que la historia custodia y que se debía recopilar mediante

⁵³ A veces conocido también como Balduinus, tiende a ser confundido con Bodin, y es poco citado. (Véase D. R. Kelley, "The theory of History", en *op. cit.*, pp. 756-757.)

⁵⁴ François Baudoin, *op. cit.*, pp. 21-29.

⁵⁵ El *Methodus* no se ha traducido al español, pero sí al francés, *La méthode de l'histoire* (Trad. de Pierre Mesnard. París, Les Belles Lettres, 1941), y al inglés, *Method for Easy Comprehension of History* (Trad. de Beatrice Reynolds. Nueva York, Columbia University Press, 1945), de donde cito.

una lectura crítica de sus testimonios, Bodin no dio lugar propio a los pueblos del Nuevo Mundo, que apenas cita incidentalmente, ni a los del lejano Oriente. A lo largo de diez capítulos, analizó los diversos aspectos de la historia, definida como *narratio vera* (narración verídica), para distinguirla de las fábulas y de las mentiras deliberadas. En los cinco primeros apartados define a la historia y la subdivide en humana, natural y divina; señala el orden con que se han de leer los escritos históricos y cómo situarse críticamente ante ellos. Subdivide a los mismos historiadores en razón de su carácter e indica lo que cabe esperar de ellos. Parece preferir a los eruditos, de agudo juicio y buena pluma; habla también de los que escriben desde la propia experiencia y, por fin, de los que, sin talento analítico, recopilan documentos de mayor o menor utilidad. Reprocha a Maquiavelo, a quien tanto admira, la poca experiencia en la actividad política práctica. En cambio, a Guicciardini, como apunté, lo llama "padre de la historia", y tal vez son ambos los autores contemporáneos más citados. También menciona, si bien no como historiadores, a Fox Morcillo, Francesco Patrizzi y Vives, pero no a su indudable antecesor, François Boudoin. Afirma que el juicio agudo se forma a partir de una suma de erudición y experiencia, y que la propia se complementa con los sucesos consignados en la historia, que no enseña por reglas sino mediante ejemplos. Señala que la meta de un historiador de asuntos humanos es la verosimilitud, pues la certeza es inalcanzable en este campo. Destaca asimismo la importancia de la geografía. Las cinco partes finales las dedica a cuestiones de carácter más político, como los diversos tipos de gobierno y cuál sea el mejor; no duda en optar por la monarquía, en vez de la constitución mixta propuesta por Maquiavelo, con base en Polibio. Concluye el libro, como Vives, con un censo crítico de historiadores.

De todos los tratadistas, Bodin parece el más penetrante y el más interesado por conectar la historia con las agudas cuestiones de la vida social y política del ser humano en cada momento de su historia y, por supuesto, la del propio autor. Habida cuenta de que las llamadas guerras de religión se sucedieron entre 1562 y 1598, la parte sustancial de su vida y obra tuvo lugar durante esos azarosos años, en que más de una vez estuvo en riesgo de ser asesinado. Tan sangrienta y dilatada contienda es el trasfondo obligado de su obra como teórico de la historia y del Estado, la cual, mientras más se radicalizaba, ponía en entredicho la existencia misma del reino. En su esfuerzo por restituir el orden, desarrolló una teoría del Estado que negaba legitimidad a todo intento de

subversión. En sus *Seis libros de la república* (París, 1576), apoyado en constantes referencias a la historia antigua y a sucesos y prácticas de otros pueblos, definió un concepto de soberanía que hizo del tratado el gran soporte teórico de la monarquía absolutista, en las antípodas del iusnaturalismo. Postuló a un rey dotado de plena soberanía, es decir, de la facultad de dictar leyes a su arbitrio, sin el requisito de la anuencia popular. Sólo alguien investido de tal autoridad traería la paz y el orden a la desgarrada Francia. En la presente antología incluimos unos pasajes de esta obra.

Mientras los *Libros de la república* escaparon a la condena de la Inquisición española, el *Methodus* de Bodin se prohibió a partir de 1583. Esto dificulta seguir su rastro en España y, tal vez, en el Nuevo Mundo, donde circularon Maquiavelo y Guicciardini traducidos al español. Ciertamente, los tratados españoles de preceptiva histórica siguieron apareciendo, como el de Juan Costa, *De conscribenda historia libri duo* (Zaragoza, 1591). Está por fin el caso de un historiador práctico que reflexiona sobre el carácter su disciplina: Luis Cabrera de Córdoba (1559-1623),⁵⁶ que publicó en Madrid, *De historia. Para entenderla y escribirla* (1611). Cabrera, hoy revalorado, fue uno de los más agudos cronistas de *Filipe II Rey de España* (Madrid, 1619). No es fácil rastrear las fuentes del *De historia* por la parquedad de sus citas a autores modernos: apenas si menciona a Vives, cuyo *De disciplinis* leyó; omite a Fox Morcillo, otra de sus indudables lecturas, y también silencio el posible uso de tratadistas italianos y franceses. Como quiera, nombra al afamado Justo Lipsio y a José Justo Escalígero. En cambio, a Costa lo sigue de cerca. De historiadores extranjeros, condena a Maquiavelo, pero admira a Guicciardini. En cambio, ofrece una amplia lista de españoles de su tiempo: con título de "anticuarios", alaba a Antonio Agustín y, con máxima veneración, a Benito Arias Montano. Habla de Diego Hurtado de Mendoza, Pere Antoni Beuter, Ginés de Sepúlveda, el jurista Diego de Covarrubias, pero no al jesuita Juan de Mariana.

A tono con el título, Cabrera reunió en su concisa obra tanto la tradición de los que trataron sobre el modo de "entender" la historia, como la de quienes dictaron preceptos para escribirla mejor. De hecho, la divide netamente en dos libros; en el primero dedica 19 discursos a la parte teórica; en el segundo, 30 se ocupan de la preceptiva. Antes

⁵⁶ Reeditada con estudio introductorio de Santiago Montero Ruiz. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948. Aquí se reproducen los discursos del primer libro. (Véase pp. 163-178.)

de él, Fox había dedicado apenas dos apartados a definir la historia y sus partes, y más de treinta, al arte de escribirla. Quien repase los discursos de Cabrera, apenas hallará temas no vistos por sus antecesores: importancia, antigüedad y origen de la disciplina, las buenas partes del historiador y las partes de la historia, sus géneros y su "alma", es decir, la verdad; su materia, el modo de abordar su estudio; la historia eclesiástica, etcétera. Es de notar el tercero, acerca de "la nobleza y estimación de la historia", en el que enlista a numerosos emperadores, reyes, prelados y nobles que escribieron historia: una forma sin duda de exaltar la nobleza de la disciplina y de quien la cultiva; en este caso, un modesto secretario real, bastante alejado de la nobleza de sangre... En la segunda parte trata de cómo describir y juzgar a las personas; "del orden de los lugares y las cosas", las partes de la disciplina en tanto que proceso de escritura: exordio, descripciones, digresiones, juicios, discurso figurado, metáforas, eufonía. Concluye con uno acerca de la conveniencia o no de "sacar las historias a la plaza del mundo" En ocasiones, alguien se inhiere de publicar por el riesgo de ataques, pero el riesgo es mayor si muere inédito: su obra puede ser "capada", es decir, adulterada por razones políticas, de interés, u otras varias causas.

Como afirma Donald Kelley, quien mejor ha explorado el sentido de la historia durante el Renacimiento, esta disciplina pasó de un recuento de genealogías, a una ciencia social. En efecto, el Renacimiento no sólo desenterró a la historia antigua, griega y romana, y la reeditó, tradujo, estudió y comentó; además, despreciando (con frecuencia injustamente) a los cronistas medievales, introdujo un nuevo estilo de escribir historia vinculándola inextricablemente con la política, lo que la indujo a tratar de explicar causalmente y aun a buscar resolver las cuestiones prácticas más candentes de cada lugar y tiempo. En una segunda etapa, reflexionó teóricamente acerca de la historia como disciplina. De ese modo, al dotarla de entidad propia, la independizó de la retórica, a la cual había estado sujeta, a modo de apéndice, desde la Antigüedad.

Por todo ello, a partir del Renacimiento, los libros de historia se volvieron imprescindibles herramientas de análisis en los gabinetes de los estudiosos, fuesen filósofos, estudiosos de la política, de las ciencias naturales y aun de la teología y de las religiones. Baste mencionar el papel que jugaron en la obra de Michel de Montaigne, uno de los paradigmas de la modernidad y padre de la palabra *ensayo*. Por lo que hace al Nuevo Mundo, los modelos renacentistas de hacer historia inspiraron

a muchos de los cronistas americanos. Al propio tiempo, fue gracias a esas historias que Europa fue asimilando, de modo lento y siempre parcial, el espacio americano y el del lejano Oriente.

LA PRESENTE ANTOLOGÍA

Los textos incluidos en este volumen buscan ilustrar con algunos pasajes de las respectivas historias de Florencia de Nicolás Maquiavelo (1469-1527) y Francesco Guicciardini (1483-1540), dos de los momentos cumbres y ejemplares de la historiografía renacentista, tal y como se desarrolló primeramente en Italia. Ambos humanistas, al recoger la tradición iniciada en Florencia por Leonardo Bruni, la desarrollaron con la mira puesta en la catastrófica Italia de principios del siglo XVI. Asomando al pasado, hacia los tiempos "dorados" de Cosme el Viejo y su hijo Lorenzo de Médici, "el Magnífico", buscan comprender por qué vías la caída de la república florentina arrastró a Italia a su ruina. Al leer esas páginas, se hace evidente el vigor con que los modelos y técnicas de la historiografía grecolatina inspiraron a ambos autores sus reflexiones sobre la situación política de la Italia de su tiempo, bien para buscar soluciones o para manifestar su temor de que la ruina de Italia, fraccionada en decenas de estados y presa de las potencias extranjeras, ya no tuviese remedio.

Desde Italia, las obras de ambos historiadores y pensadores políticos se difundieron por toda Europa, y consta que llegaron incluso al Nuevo Mundo, a pesar de que la Inquisición las prohibió total o parcialmente. Entre los autores no italianos que revelan una atenta lectura de Maquiavelo y Guicciardini está el jurista francés Jean Bodin (1530-1596), quien criticó al primero y elogió al segundo. Bodin escribió, entre otras obras, *Los seis libros de la República* (París, 1576), un tratado político en el que buscó desentrañar el carácter del Estado como tal, y formular el significado del concepto de soberanía, condición indispensable para la existencia de un Estado. Aquí editamos los seis capítulos iniciales del primer libro de la República. En ellos, Bodin pretende explicar cómo se constituye una sociedad política; toma a la familia por punto de partida, ese núcleo social sujeto al padre, quien gobierna a la mujer, a los hijos, a los siervos y a los esclavos. Más tarde, y luego de no pocas guerras, los patriarcas de una región o de un poblado, se ponen de acuerdo en delegar la autoridad que a todos corresponde por igual en tanto que

paterfamilias, en uno solo individuo, para que gobierne a todos: así nace una república, es decir, toda organización política con poder soberano. El momento culminante del proceso es cuando un rey posee poder absoluto y es capaz de legislar sin pedir consentimiento a sus súbditos, con el argumento de que su autoridad le viene directamente de Dios.

Más allá de sus conclusiones en favor de las monarquías absolutistas, importa destacar hasta qué medida Bodin recurre a la historia de todos los pueblos, incluidos el hebreo y el musulmán, y aun los del Nuevo Mundo, para crear una teoría política cuya vigencia no se limite a una sola nación. Sus conclusiones de carácter teórico se nutren y fundan en todo tiempo en argumentos tomados de la historia. Él mismo lo admite al afirmar, en el capítulo VI: "Cuando la razón no baste, demostraremos, con el testimonio indubitable de los historiadores más dignos de crédito" Bodin procede, pues, a la manera de Maquiavelo y Guicciardini; mientras ellos buscaban la historia antigua para explicar la práctica política, él la procura para fundar su teoría política. A partir del siglo XVI creció tanto el prestigio de los libros de historia, así antigua como moderna, que se volvieron instrumentos de reflexión infaltables en los gabinetes de los estudiosos. Sin duda por ello, a una con el nuevo prestigio de la historia, muy pronto surgió la reflexión en torno al sentido de su lectura y escritura.

Una década antes de su estudio sobre la República, Bodin publicó su *Methodus ad facilem historiarum cognitione* (1566), un tratado acerca de qué es la historia, cómo leerla críticamente, y su utilidad. Aunque sigue sin traducirse al castellano, el hecho de escribirla en latín facilitó su lectura a los estudiosos de toda Europa. En España, durante esos mismos años, hubo varios tratados teórico-prácticos, en latín y en romance, acerca de cómo leer y cómo escribir la disciplina. Así, Luis Cabrera de Córdoba, el notable historiador de Felipe II y su sucesor, publicó, en 1611, *De historia. Para entenderla y escribirla*. Un historiador práctico reflexionaba sistemáticamente acerca de su propia disciplina. La presente antología concluye con la primera parte de su obra, en la que reflexiona sobre el sentido de la historia. En ella recogió una tradición de casi un siglo en torno a la nueva concepción de esa disciplina, según la replantearon los humanistas del Renacimiento.

El lector interesado habrá de tomar estos cuantos textos como punto de partida hacia horizontes más vastos.